

# TEMES

## La formación del sentido común desde abajo y la lucha por la hegemonía social desde una perspectiva microhistórica

*Rebeca Arce Pinedo; Román Miguel González*

UNIVERSITAT DE CANTÀBRIA

**U**n título como el que encabeza este artículo exige una serie de precisiones teórico-metodológicas. ¿Cuál es el objeto de estudio y cómo lo hemos abordado? Una microsociedad que, en primer lugar, nos permita analizar su devenir, a un mismo tiempo, desde una perspectiva estructural o global y desde una perspectiva centrada en los sujetos o agentes históricos; pero también, en segundo lugar, una microsociedad cuyo devenir esté marcado por procesos históricos generales altamente significativos, los cuales, a escala reducida, podamos aprehender interrelacionados y al mismo tiempo que observamos las estructuras y los sujetos individuales y colectivos.

El resultado de ello es el análisis microhistórico de El Astillero<sup>1</sup>, un

---

<sup>1</sup> No seguimos el famoso enfoque microhistórico de C. GINZBURG: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona, 1991, quien a partir del estudio del pensamiento de un agente histórico individual trata de acercarse a las categorías mentales de una época; por el contrario, aquí nos situaremos en una perspectiva de partida cercana a la de E. LE ROY LADURIE: *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*. Madrid, 1981, más acorde con nuestro objetivo de reconstruir de forma global la vida de una microsociedad.

municipio de la orilla sur de la bahía de Santander que, entre 1890 y 1910, experimenta un drástico proceso de modernización demográfica, económica, social, política y cultural, pasando de ser una pequeña sociedad rural tradicional a ser un núcleo semiurbano en el que cobra vida una sociedad plural, en la cual, en el marco de la industrialización, la masificación social y el sistema político caciquil, se desarrolla una vida social que gira sobre la pugna por la hegemonía entre colectivos movilizados en torno a identidades colectivas y proyectos de futuro radicalmente diferenciados.

En otro lugar ya hemos narrado minuciosamente cómo hemos interpretado que se formó, desarrolló y resolvió este pluralismo social en pugna abierta por la hegemonía<sup>2</sup>; por ello y por las dimensiones a las que aquí nos debemos ceñir, vamos a limitarnos a señalar brevemente sus principales líneas de fuerza a modo de contexto de lo que es el objeto central de este artículo: la formación de una cultura popular desde abajo, a partir de la cual se moviliza un colectivo obrero que entrará en esa pugna por la hegemonía social.

¿Cuáles son las líneas de fuerza de la modernización de El Astillero? Durante el último cuarto del siglo XIX, varias compañías mineras británicas llegan a la Sierra de Peña Cabarga, cuya salida natural a la bahía de Santander es El Astillero, en busca de los filones de hierro no fosfórico que necesitaban para los convertidores Bessemer con los que estaban moviendo su segunda Revolución Industrial.

Para El Astillero, la minería se convirtió en el sector económico de arrastre de su despegue industrial (metalurgia, construcción, industria agroalimentaria...), propiciando, paralelamente a la secundarización de su economía, cambios estructurales en su microsociedad: crecimiento demográfico exponencial, proletarización de la estructura social, urbanización masiva y caótica marcada por la zonificación o segregación social de los contingentes de inmigrantes hacia barrios periféricos e insalubres...

Efecto de todo ello fue también el crecimiento del aparato político-administrativo y erario públicos locales y del peso político de El Astillero

---

<sup>2</sup> R. ARCE PINEDO y R. MIGUEL GONZÁLEZ: *Cultura, sociedad y política en Astillero-Guarnizo (1890-1910). Microhistoria de una sociedad en cambio*. El Astillero, 2002.

en el sistema político caciquil provincial, lo que motiva que el viejo cacicazgo tradicional deje paso a un nuevo cacicato político administrativo moderno, por medio del cual se establece un auténtico sistema de espolio de lo público<sup>3</sup>, al tiempo que se cierra en límites severos la vida política y asociativa de los astillerenses.

Hasta 1903, un férreo sistema caciquil local, perfectamente inserto en los engranajes provincial y estatal<sup>4</sup>, agrupará a la élite que, salida de la modernización económica, «construye» una realidad local a su medida. Sus beneficios clientelares no caían desde afuera ni desde arriba, sino que procedían de su monopolio en la gestión del crecimiento económico local, por lo que su «pacto» con los notables provinciales consistía en apoyo electoral a cambio de impunidad, ante el gobernador civil y la Diputación Provincial, en su gestión hegemónica e ilegal del aparato político administrativo local.

En 1903, este «statu quo» salta por los aires y El Astillero se convierte «de facto» en una sociedad plural que o bien adoptaba esquemas pluralistas, que permitiesen llegar a consensos desde la disidencia, o bien, y esto es lo que ocurrió, se abocaba a una pugna abierta entre la pluralidad de colectivos por la hegemonía social. Por tanto, en el marco de una sociedad plural que, presa inicialmente en los parámetros del sistema industrial y caciquil, se halla en abierta pugna entre colectivos por la hegemonía social, hemos de situar la narración de la formación del colectivo obrero que tratará de derribar el monopolio del cacicato e imponer su proyecto particular.

En el análisis de todo ello, la perspectiva microhistórica, que nos acercaba al mismo tiempo a estructuras y sujetos, permitía una aproximación tal al devenir social concreto de la sociedad astillerense, que todo apriorismo teórico sistemático (categorizaciones sociales, narraciones estereotipadas de procesos, constructos estructurales historiográficamente utilizados...) se convertía, al tratar de utilizarlo para interpretar el devenir que observábamos en las fuentes, en un armatoste rígido, inoperante y contraproducente.

---

<sup>3</sup> IBÍDEM, p. 106-117; R. ARCE PINEDO: «Poder local e impuesto de consumos durante la Restauración en un municipio semiurbano cántabro: El Astillero» en *Edades. Revista de Historia*, 9 (2001), p. 23-38.

<sup>4</sup> La obra de referencia sobre el caciquismo en Cantabria es A. GARRIDO: *Favor e Indiferencia. Caciquismo y vida política en Cantabria (1902-1923)*. Santander, 1988.

Dicho de otro modo, el enfoque microhistórico nos puso de bruces ante un espacio social abierto y en continua transformación, en el que ni los agentes históricos ni la sociedad eran algo que pudiese definirse «a priori», ni que poseyese una esencia fija, sino que, por el contrario, la realidad (agentes y espacio social) se «construía» y «reconstruía» continuamente a partir de las definiciones simbólicas o culturales que condicionaban los actos de los agentes históricos individuales y colectivos<sup>5</sup>, actos a través de los cuales los agentes no sólo se «constituían» y «reconstituían» continuamente a sí mismos, sino también al propio espacio económico, social, político y cultural.

Por un momento, parecíamos abocados a una paradoja irresoluble: la Sociedad no tiene un «ser», sino un «devenir» imparable que debíamos conocer a partir de nuestro intelecto limitado a unas condiciones cognitivas conceptuales, las cuales conllevaban ineludiblemente la necesidad de estatizar y categorizar la realidad para que tuviese sentido, para que resultase coherente y significativa a nuestro entendimiento.

El salto metodológico era ya inaplazable: debíamos, sobre todo, centrarnos en narrar cómo se produce la construcción social de la realidad para poder elaborar una interpretación de la lógica subyacente a partir de la cual se determina la tendencia por la que fluye el devenir. Si no era sostenible ya una concepción «suturada» o esencialista (o apriorísticamente definida) del espacio social ni de los agentes históricos, tampoco era sostenible ya la existencia «a priori» de una lógica social subyacente a

---

<sup>5</sup> Como definición señera de la concepción simbólica de la Cultura suele citarse la efectuada por Clifford Geertz: «*El concepto de cultura que propugno [...] es esencialmente un concepto semiótico. Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones.*» En C. GEERTZ: *La interpretación de las culturas*. México, 1987, p. 20. No obstante, el «nuevo análisis cultural» desarrollado por las Ciencias sociales ha recogido esta tradición teórico-metodológica, que proviene de P. Berger y T. Luckmann y el «interaccionismo simbólico», y la ha desarrollado hacia líneas enriquecedoras que hemos tratado de asumir en este trabajo. Sobre la evolución del análisis cultural en las ciencias sociales, M. L. MORÁN: «Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural» en *Zona Abierta*, 77/78 (1996/97), p. 1-30.

partir de la cual se explicase el movimiento de la sociedad, sino que, por el contrario, tal lógica social subyacente sólo podía derivarse, como la propia realidad que se construye y reconstruye continuamente, de las interrelaciones concretas entre los propios colectivos y sujetos astillerenses<sup>6</sup>.

Adelantemos ya la interpretación que del devenir astillerense, y de la lógica que lo movía, hemos elaborado: entre 1890 y 1910, la lógica subyacente de la realidad astillerense consistió en una lucha por la hegemonía social entre diferentes colectivos que, articulados a partir de identidades colectivas y proyectos de futuro propios y emanados de un marco simbólico particular, pugnaron por «construir» la nueva realidad social salida de la modernización a partir de sus respectivas categorías simbólicas particulares, pugnaron en pro de que la Sociedad se articulase de acuerdo a su imaginario social particular y en pro de que sus categorías grupales se convirtiesen en el «sentido común» de la sociedad, en la forma correcta, buena y natural de pensar, conducirse y vivir<sup>7</sup>.

La lucha simbólica por imponer sus definiciones grupales de la realidad no se resolvió, como puede presuponerse, a partir de un enfrentamiento dialéctico, entre tradiciones culturales y universos simbólicos, del que saliese una nueva verdad colectiva que «consensuada» o, por la fuerza de la evidencia, impuesta consiguiese armonizar los esfuerzos colectivos de los astillerenses para «construir» o reorganizar esa

---

<sup>6</sup> Desde este punto nuestras reflexiones teórico-metodológicas deben mucho a los planteamientos que mantienen E. LACLAU y CH. MOUFFE: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid, 1987, especialmente las p. 105-166.

<sup>7</sup> Son muy interesantes los planteamientos que sobre el «sentido común», como sistema de categorías culturales social e históricamente conformado, mantiene C. GEERTZ: «El Sentido Común como sistema cultural» en *Conocimiento local. Ensayos sobre interpretación de las culturas*. Barcelona, 1994, p. 93-116; no obstante, el desarrollo efectivo del análisis socio-cultural del «sentido común» procede de Gilles Deleuze y el «post-estructuralismo» (M. CRUZ: *Filosofía contemporánea*. Madrid, 2002, p. 358-412) y sobre todo de su aplicación en sociología cultural por Pierre Bourdieu, quien desarrolla la noción de «sentido práctico» o «reglas del juego social» que, enlazada con sus teorías del espacio social y del «habitus», dan lugar a una Teoría de la Acción que puede ser importante fuente de reflexión para los análisis histórico-sociales. P. BOURDIEU: *Razones Prácticas. Sobre la Teoría de la Acción*. Barcelona, 1997.

nueva realidad salida de la modernización que había demolido las viejas certidumbres colectivas; sino que, por el contrario, de los universos simbólicos emanaron identidades colectivas y «narraciones» grupales del devenir que sirvieron para cohesionar a los colectivos y explicarles el camino a seguir en la lucha física (económica, política...) por el control de los resortes de poder local, desde los cuales se impondría al conjunto de la Sociedad local las categorías del marco simbólico particular como el nuevo «sentido común» o las nuevas «reglas del juego social».

En otros trabajos hemos explicado minuciosamente nuestra interpretación de la formación de los marcos culturales y de los colectivos sociales que entraron en pugna por la hegemonía social en El Astillero de entresiglos<sup>8</sup>. Aquí, nos centraremos en analizar la formación del marco cultural de clase obrera desde unos planteamientos que beben directamente de los desarrollados por E. P. Thompson y continuados, en España, por M. Pérez Ledesma y otros autores<sup>9</sup>.

Por tanto, nos vamos a ocupar, parafraseando el título de un artículo señero del propio Pérez Ledesma, de la formación o creación cultural de la clase obrera astillerense, para insertarla después, a modo de conclusión, en una interpretación de la construcción social de la realidad (devenir) astillerense.

¿Qué sentido damos a la expresión «formación cultural de la clase obrera»? Es el proceso por el cual centenares de obreros se reconocen a sí mismos como «Nosotros», como grupo con identidad colectiva propia, a partir de la cual definen su posición en el imaginario social y su papel en el

---

<sup>8</sup> La expresión «marco cultural» fue acuñada por S. TARROW: *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, 1997, quien además realiza interesantes reflexiones sobre el entrecruzamiento de marcos culturales. No obstante, aquí utilizamos de forma muy diferente la noción de «marco cultural» respecto a como la utiliza este teórico de la movilización social.

<sup>9</sup> E. P. THOMPSON: *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra, 1780-1832*. Barcelona, 1977; IDEM: *Tradicón, revuelta y consciencia de clase*. Barcelona, 1979; M. PÉREZ LEDESMA: «La formación de la clase obrera: una creación cultural» en M. PÉREZ LEDESMA y R. CRUZ (Eds.) *Cultura y movilización en la España Contemporánea*. Madrid, 1997; IDEM: «Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos sociales, teoría e historia)» en *Zona Abierta*, 69 (1994), p. 51-120; A. BARRIO ALONSO: «Cultura obrera en la Restauración» en M. SUÁREZ CORTINA (Ed.): *La Cultura Española durante la Restauración*. Santander, 1999.

devenir de esa sociedad representada en el imaginario social. A partir de ese punto de referencia (identidad colectiva) se construye todo un marco simbólico cultural con el cual definir no sólo la sociedad y la historia en la que están inmersos y su papel en ella, sino también un proyecto de futuro con el que «construir» o «constituir» el espacio social del porvenir.

Expliquémoslo de otro modo, teniendo en cuenta que la sistematicidad de nuestra explicación obedece a la necesidad de coherencia y sentido que conlleva el discurso historiográfico, pero que las categorías del marco simbólico formarían en las mentes de los obreros movilizados un panorama más caótico y emocional y menos racionalizado, más como un «sentido común» internalizado y autoevidente y menos como un conocimiento científico-racional de la realidad.

Partiendo de tales parámetros ¿qué entendemos por marco simbólico? A partir de una concepción del ser humano y de una serie de valores «ahistóricos» se construyen arquetipos sociales básicos que, acompañados de otros estereotipos sociales y de concepciones globalizadoras del conjunto (pueblo, patria, comunidad, humanidad...), forman el imaginario social, el cual, para adecuarlo a la realidad y aumentar su carga movilizadora, es inserto en una «narración» que explica el sentido de su devenir pasado. Esta dinamización del imaginario social hacia el pasado abre también las puertas para su dinamización hacia el futuro a través de proyectos de reorganización de la sociedad y, como en el caso de la narración histórica, a través de mitificaciones de personas, colectivos, procesos....

Como nosotros lo entendemos, esto es básicamente un marco simbólico-cultural: la sistematización historiográfica del conjunto de categorías simbólicas compartidas que los individuos de un colectivo utilizan para explicar la realidad presente y pasada, para identificarse como grupo y para, a través de sus proyectos de futuro, tratar de «construir» o reorganizar la sociedad del porvenir.

En El Astillero, el marco simbólico cultural de clase obrera será elaborado por productores e intermediarios culturales socialistas, los cuales generan paralelamente una red de sociabilidad ordinaria y extraordinaria en la que las prácticas sociales consolidan el marco cultural al tiempo que emanan de él. La sociabilidad y las categorías simbólicas compartidas dan lugar a una «cultura obrera de clase» que articula y moviliza al colectivo

obrero astillerense en torno a un «nosotros» perfectamente delimitado y que reconoce quiénes son sus antagonistas (el «otro» del imaginario social), las causas de su estado actual (narración histórica y mítica) y cuáles son sus aspiraciones (proyecto de futuro).

Pasemos a abordar de forma sistemática los contenidos del marco cultural de clase obrera<sup>10</sup>. ¿Qué es el ser humano? A diferencia de la tendencia tradicional hacia el fatalismo individual, su concepción antropológica será dinámica, ya que conciben al ser humano en continua formación y desarrollo moral e intelectual, aunque, como en la concepción antropológica tradicional, desemboca en dos tipos humanos básicos: «Bueno» y «Malo», los cuales constituyen la materia prima simbólica con la que se elaboran los arquetipos básicos que componen el imaginario social: el «Nosotros» y el «Otro», el proletariado y la burguesía.

*«Pienso que la Humanidad está dividida en dos clases: una que sufre con la resignación del mártir, otra que goza y se obstina en mantener su orgullo, aunque sea a costa del sacrificio de la primera... Cuando ese antagonismo económico alcanza cierto grado, cuando la clase patronal llega a los últimos límites de la concurrencia, y la clase explotada, o una parte de ella, adquiere plena conciencia de sus intereses, al lado de aquel antagonismo, surge otro, surge el antagonismo moral.*

*El periodo de gran desarrollo industrial, de la mayor producción de riqueza, es para la clase obrera el periodo en que concentra sus dispersos o poco unidos miembros, en que se educa, se instruye, forma firmes caracteres, crea seres abnegados, engendra robustas voluntades, forja luchadores de temple y da tal elevación de pensamiento a muchos de los suyos, que no es dable poner en duda su triunfo sobre sus egoístas dominadores... Arriba obsérvese que la solidaridad se relaja, la amistad flojea, el cariño se entibia, el valor decrece, en tanto que se ve aumentar la hipocresía, el cinismo, la venalidad, la codicia, la envidia y todas las malas pasiones. ¿Qué ocurre abajo, qué pasa en las filas del proletariado? Lo opuesto. Cede el vicio, disminuyen los odios y las rivalidades, el sentimiento de solidaridad se robustece, aumenta el espíritu de*

---

<sup>10</sup> Su tratamiento sistemático más en profundidad en R. ARCE PINEDO y R. MIGUEL GONZÁLEZ (2002): p. 157-189.



*compañerismo y de fraternidad y el desinterés y la abnegación ganan cada vez a mayor número de individuos.»<sup>11</sup>*

De este modo, la estereotipación moral de ambos elementos del imaginario social se hace confluír con criterios socio-económicos de clasificación social, estereotipando positivamente, como es obvio, al «Nosotros» y negativamente al «Otro». No obstante, este imaginario social maniqueo, si bien es de gran utilidad para movilizar al colectivo obrero en torno a categorías perfectamente delimitadas, puede conllevar en ocasiones el efecto contrario, ya que en la realidad existen personas y colectivos que no encajan en los arquetipos del imaginario social, pero que es necesario integrarlos en él para definirlos a ellos y su papel en el devenir.

Así es como surgen toda una batería de estereotipos sociales «ad hoc» que subsanan las taras de las categorías sociales arquetípicas a la hora de explicar el mundo en el que viven. El «burgués armónico y paternal», el «cura lascivo e inmoral», la «burguesita cursi y ñoña», el «burguesito zángano y bohemio», el «juez corrupto», el «funcionario venal», la «beata hipócrita»... pero también el «obrero inconsciente», el «apóstol socialista», el «honrado militante socialista», el «intelectual amigo del proletariado»... constituyen todos ellos complementos que son utilizados, en apoyo de las categorías Proletariado y Burguesía, para explicar parcelas y procesos de la realidad local a las que el marco simbólico maestro no llega<sup>12</sup>.

Como el lector ya habrá podido entrever, este imaginario social socialista obrero ha operado una completa «inversión valorativa» respecto

---

<sup>11</sup> «Antagonismo moral» (editorial) en *El Trommel*, 6 (14-VII-1906).

<sup>12</sup> De este modo, respecto al «intelectual amigo del proletariado» afirman: «*los que siendo intelectuales han venido al campo socialista, estaban limpios, completamente limpios de los defectos de los políticos burgueses y reunían iguales y preciadas condiciones de carácter que los socialistas procedentes del taller o la fábrica*» (*El Trommel*, 7, 28-VII-1906); respecto a los «obreros inconscientes»: «*los obreros débiles, esos espíritus pobres, que dominados por un servilismo degradante, pretenden a fuerza de humillaciones, conseguir lo que tanto ansían, un mejor medio de vida*» (*El Trommel*, 14, 27-X-1906); toda la obra del socialista cántabro E. TORRALVA BECI: «Astrea» (1907) en *Verdad en la farsa. Teatro de combate*. Santander, 1912, gira sobre la crítica del «paternalismo y armonicismo burgueses», asunto sobre el cual era corriente la coplilla popular: «*El señor don Juan de Robres / con caridad sin igual / hizo este santo hospital / pero antes hizo los pobres*» (*El Trommel*, 22, 16-II-1907).

al imaginario social tradicional, ha constituido una especie de mundo social del revés, operación ésta imprescindible para que todo el proceso de enculturación y creación de una identidad colectiva de clase obrera se produzca, ya que ello conlleva la anulación de la posibilidad de que la condición social del «Otro» (Burguesía) sea la aspiración de los obreros a los que se trata de movilizar, permitiendo en cambio la consolidación de la aspiración colectiva que subyace al proyecto de futuro del marco cultural. Mecanismos básicos para llevar a cabo esta operación de inversión valorativa fueron la desacralización y ridiculización de los estereotipos sociales que formaban parte del «Otro», para lo cual se compusieron letrillas burlescas, dramas breves...

Con todo ello ya están perfectamente definidos y repartidos los papeles sociales, siendo el siguiente paso la explicación estereotipada de las relaciones que históricamente vienen manteniendo entre sí el «Nosotros» (Clase Obrera) y el «Otro» (Burguesía). No podemos detenernos a analizar con detenimiento la narración simbólica de «lucha de clases» del imaginario social de clase obrera, pero podemos afirmar que constituye una acabada filosofía fatalista de la historia, ya que el devenir social pasa inevitable y necesariamente por unas etapas que, en sentido unidireccional ascendente, marcan el camino de la emancipación del proletariado («Nosotros») respecto a la burguesía («Otro»). El esquema ideal «injusticia–lucha–emancipación» articula el presente con esta narración histórico-mítica del pasado y del futuro, constituyendo la «Revolución Social» su mito narrativo central, el momento cumbre desde el que se explica teleológicamente todo el devenir socio-histórico.

Todo este entramado simbólico se irá asentando como creencias compartidas en las mentes de los obreros astillerenses a través de experiencias prácticas también compartidas, a través de las primeras movilizaciones espontáneas en las que, estratégicamente militantes socialistas lanzan las categorías del marco simbólico-cultural de clase para que los obreros (en el transcurso de las huelgas, en sus tertulias en el trabajo y en la taberna...) interpreten desde ellas la realidad social en la que viven<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> Entre 1899 y 1902 se dieron importantes huelgas obreras en la cuenca minera de Peña Cabarga, llegando en 1902 a contabilizarse hasta 6.000 mineros en huelga y durante más

Dadas las primeras experiencias, compartidas y asimiladas por numerosos obreros, de las categorías simbólicas socialistas, el siguiente paso es la organización de una sociabilidad ordinaria y extraordinaria, en la que se profundice la cohesión grupal y a través de la que sea factible el mantenimiento de la acción colectiva obrera en pro de unos intereses que ya ningún obrero enculturado niega que sean comunes a todos ellos.

En ello juegan un papel clave también los militantes socialistas, generando una red asociativa en la que las prácticas de sociabilidad ordinaria emanan de y consolidan el marco simbólico de clase obrera, dando lugar a la formación de una auténtica cultura socialista obrera de clase<sup>14</sup>, cultura que se consolida y profundiza no sólo a través de la sociabilidad ordinaria de la red asociativa, sino también a través de medios de difusión cultural expresamente creados para ello (escuela socialista para niños y adultos, teatrillo en el Centro Obrero, prensa obrera propia, centro editorial de libros y folletos a precios reducidos...) y a través de determinados rituales que constituyen lo que hemos denominado «sociabilidad extraordinaria», principalmente las fiestas grupales como «La Commune» y el 1º de Mayo<sup>15</sup>. Detengámonos brevemente en el 1º de Mayo.

Desde primera hora de la mañana, los obreros socialistas astillerenses tomaban literalmente el espacio público con pasacalles, cohetes y toque de

---

de un mes. Durante este curso acelerado de acción colectiva se produjo la llegada de numerosos militantes socialistas, especialmente desde la capital santanderina, que fundaron decenas de asociaciones socialistas y societarias en toda la cuenca, tomando a El Astillero como centro neurálgico de la red asociativa. IBÍDEM, p. 82-105 y 117-125.

<sup>14</sup> Durante 1903 y 1904, justo tras finalizar la gran oleada huelguística de 1902, se produce la gran expansión de la red de asociaciones socialistas y societarias ugetistas en la cuenca de Cabarga. Decenas de sociedades de resistencia, asociaciones socialistas obreras, juventudes socialistas, orfeones socialistas, sociedades de seguros mutuos... darán el soporte asociativo que permita enculturar en el marco simbólico a cada vez más obreros, que permita desarrollar una sociabilidad grupal altamente peculiar respecto a la sociabilidad tradicional de la zona, y que permita el mantenimiento de una poderosa acción colectiva obrera en el contexto de la pugna, entre los colectivos que forman la sociedad plural astillerense, por la hegemonía social. La red asociativa en IBÍDEM, p. 125-132.

<sup>15</sup> El ritual, como principal mecanismo de fijación de las categorías y prácticas culturales nuevas, ha sido resaltado por A. SWIDLER: «La Cultura en acción: símbolos y estrategias» en *Zona Abierta*, 77/78 (1996/97), p. 127-162.

diana, rompían la cotidianidad del conjunto de la sociedad astillerense y hacían ver ostentosamente al resto de vecinos que formaban un colectivo capaz de romper unilateralmente el ritmo de vida cotidiano, lo que, en última instancia, viene a significar que aspiran a reglamentar la vida social en su conjunto. Precisamente, la idea de que el «Día del Trabajo» era un ejemplo y anuncio de la vida armónica en la sociedad socialista posterior a la Revolución Social constituía un tópico de la prensa obrerista.

La ruptura de la cotidianidad y la ostentación simbólica de fuerza hacia el resto de la Sociedad eran constantes durante el 1º de Mayo. Por la mañana, todos los obreros cabargueños acudían a sus lugares de trabajo y allí decidían conjuntamente no emprender el trabajo en esa jornada y dirigirse, portando sus pancartas y los estandartes de sus asociaciones particulares, hacia El Astillero, el centro neurálgico del asociacionismo de clase en la cuenca de Cabarga. La carga simbólica de este ritual, que se repetía cada mañana del 1º de Mayo, hay que interpretarla respecto a la actitud conjunta de la patronal minera cabargueña, la cual pretendió, durante las primeras huelgas y durante el tiempo de la creación de las primeras asociaciones obreras (1900-1904), echar un pulso a los militantes socialistas por el control de la influencia sobre los mineros, para lo cual trató de imponer, a todo trance, el 1º de Mayo como jornada de trabajo normal mediante el despido automático de los trabajadores que celebrasen el «Día del Trabajo». Para 1903 era ya claro que el pulso del 1º de Mayo había sido ganado completamente por los socialistas, parando absolutamente todos los trabajos en las minas, a pesar de lo cual cada 1º de Mayo se escenificaba el pulso y la victoria obrera.

Llegaban a El Astillero los militantes de toda la cuenca, sin romper su agrupación por asociaciones y siempre precedidos por sus respectivos estandartes, por millares, emprendiendo todos juntos una manifestación por las calles de El Astillero hasta llegar al Centro Obrero, donde se celebraba un mitin, cuyas conclusiones eran presentadas por escrito a la corporación municipal astillerense.

El camino desde el Centro Obrero al Ayuntamiento constituía la mayor ostentación simbólica posible respecto al resto de la Sociedad local, ya que se convertía en una procesión plena de carga ritual, simbolismo y ostentación de fuerza colectiva, resultando todo ello, en cuanto a su

espectacularidad, parangonable a las principales procesiones religiosas como las de Semana Santa o el «Corpus Christi».

*«Rompió la marcha la bandera de la Agrupación y dos heraldos a caballo, a éstos seguía una preciosa carroza alegórica, simbolizando el Mundo, sobre el que iba una niña vestida de matrona, con gorro frigio, llevando en una mano un estandarte con la inscripción República Social y en la otra un ramo de flores; alrededor de aquel iban niñas con vistosos trajes representando las diversas partes del mundo, a la carroza seguía la banda de música tocando himnos socialistas, las banderas de los Constructores de casas, Trabajadores en hierro, mineros de este pueblo y Cabárceno, ocho estandartes y multitud de banderolas de papel, con lemas alusivos, llevadas por los niños.»<sup>16</sup>*

*Abría el paso la bandera de la Agrupación Socialista y unos estandartes con lemas alusivos al acto. Seguía una carroza alegórica, formada por una góndola preciosa, significando la nave socialista; cuatro niños vestidos de marineros con cuellos rojos, eran los remeros, y en los remos se leía Asociación y Unión: la nave va guiada por una matrona representando la Ciencia, la cual empuñaba con una mano la cuña del timón, llevando en la otra un libro.*

*Tras la carroza va la música, las banderas de las sociedades El Vulcano, La Emancipación y La Defensa y un millar de trabajadores.»<sup>17</sup>*

De esta forma se movilizó y creó culturalmente la clase obrera astillerense que, como colectivo integrado en la microsociedad plural de El Astillero, entrará en pugna con los demás colectivos movilizados por la hegemonía social, por la definición del «sentido común» o «reglas del juego social» que van a determinar la tendencia que seguirá la continua «construcción» y «reconstrucción» del espacio social en general y de los agentes históricos en particular.

En El Astillero, en lo que toca a este movimiento social obrero, la pugna por la hegemonía se resolvió, desde 1906-1907, con su derrota y con la implantación de un nuevo cacicato copado por sectores de la élite local

---

<sup>16</sup> *La Voz del Pueblo*, 248 (9-V-1903). Este periódico era el órgano del Partido Socialista y de la U.G.T. en Cantabria.

<sup>17</sup> *El Trommel*, 2 (12-V-1906). Este periódico era redactado y publicado por los propios obreros socialistas y ugetistas astillerenses.

excluidos del anterior cacicazgo o surgidos al hilo de su desarrollo, lo que, debido a la derivación económica y política del enfrentamiento simbólico y su resultado adverso, obligará al movimiento social obrero a redefinir su discurso de clase y renovar su red asociativa y prácticas de sociabilidad para movilizar nuevamente la acción colectiva obrera en pro de una resolución, favorable esta vez a sus aspiraciones, del pluralismo social conflictivo.

La sociedad plural salida de la modernización será repetidamente oprimida en los moldes de la sociedad tradicional, caracterizada por férreas hegemonías sociales apoyadas en tradiciones culturales petrificadas en «sentidos comunes»; sin embargo, la propia esencia de la sociedad plural implica el fin de las certidumbres colectivas homogéneas, el fin de la cultura como factor de consenso, la cual pasa a ser un factor de lucha simbólica y, por tanto, de conflicto<sup>18</sup>, conflicto que persistentemente se resolverá en soluciones hegemónicas, entrando en un círculo vicioso del que sólo se comenzará a salir cuando los esquemas pluralistas y no exclusivistas se vayan imponiendo en la configuración simbólica de los imaginarios sociales, narraciones del devenir y proyectos de futuro.

Pero ésa es otra historia, o mejor otra parte de la historia, de la que nos ocuparemos en otra ocasión.

---

<sup>18</sup> A este respecto es interesante la noción que el «habermasiano» Klaus Eder tiene de la Cultura como elemento que a la vez asocia y disocia, que mueve a la integración interna de cada «mundo de vida» (utilizando su propia terminología), pero que al mismo tiempo promueve la «inconmensurabilidad» entre diferentes «mundos de vida». KL. EDER: «La paradoja de la 'cultura'. Más allá de una teoría de la cultura como factor consensual» en *Zona Abierta*, 77/78 (1996/97), p. 95-126.